

20 céntimos.

Madrid 22 de Abril de 1897.

Núm. 1.º

INTERESANTE Á LOS AFICIONADOS

Hermoso Album «Á LOS TOROS», compuesto de 28 acuarelas originales del reputado pintor de escenas taurinas D. Daniel Perea, con explicación de cada suerte en español, francés é inglés. Gran folio apaisado, 20 pesetas.

CORRIDA DE TOROS. Colección de 12 fotografías instantáneas con las principales suertes del toreo, publicadas en elegante álbum por la acreditada casa Hauser y Menet. Cinco pesetas.

RETRATO del célebre diestro Rafael Guerra (*Guerrita*). Fototipia en superior cartulina, tamaño folio. Dos pesetas.

EL TOREO. Gran Diccionario tauromáquico: comprende todas las voces técnicas conocidas en el arte, escrito por D. J. Sánchez de Neira en 1879. Dos tomos empastados, 15 pesetas.

LOS TOREROS DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO. Segunda edición. Dos pesetas.

EL JUEGO DE PELOTA, por S. L. Mirallas. Reglas para hacer apuestas con probabilidades de ganar. Conocimientos útiles á los aficionados, etc. Dos pesetas.

EL JUEGO DE LOS FRONTONES, por Daniel Rodríguez. Una peseta.

Librería Internacional

DE

ROMO Y FÜSSEL

Calle de Alcalá, 5, MADRID

En la misma Librería se halla un extenso surtido de libros en todos idiomas sobre ciencias, artes, literatura, etc.

DEPÓSITO DENTAL

DE LOS

Sres. Colina y Valle

En este Depósito encontrarán los Sres. Dentistas los productos de las principales fábricas. Catálogos gratis á quien los pida.

Cruz, 23, principal, Madrid.



Año I

Madrid 22 de Abril de 1897.

Núm. 1.º



Antonio Carmoua



A nuestros compañeros en la prensa de Madrid y provincias, y á los aficionados taurinos en particular, saludamos cortesmente, ofreciéndoles, sin condiciones, nuestro semanario y el afecto personal de sus propietarios y redactores. Cumplimos este gratísimo deber, renovando con los primeros antiguas amistades y cariñosos respetos, y con los aficionados nuevos lazos de unión en pró de nuestra fiesta nacional.

Dejemos ahora los saludos y cumplidos, ocupemos nuestro puesto cada uno, y ya que nos ha sido señalado el de las crónicas taurinas, allá va con recta imparcialidad el

JUICIO CRÍTICO

de las corridas de toros celebradas en la plaza de esta Corte en los días 18 y 19
de Abril de 1897.

Siempre que de corridas de toros se trata, el pueblo de Madrid olvida penas y angustias; y en los días anteriores al en que vió la luz el cartel de abono, contaba ya con los nombres del indispensable Mazzantini, del famoso Guerrita, del valiente Reverte, del aventajado Bombita y de los apreciados Fuentes y Bonarillo. La animación crecía por momentos, dábase de mano á los quehaceres habituales, y en calles, corros y plazas comentábase la suerte del empresario, que al lograr la contrata de tales diestros y presentarlos en el último año de arrendamiento del circo, ha echado la casa por la ventana, como diciendo á la que le suceda el año próximo: «ahí queda eso».

Sin embargo, no faltaron aficionados á quienes parecieron prematuras esas alegrías, mientras no supiesen claramente las combinaciones que con tal baraja de diestros haría D. Bartolo; y el Gobernador de la provincia, haciéndose intérprete de tan justa aspiración, no sancionó el cartel hasta que se fijaron los días en que se celebrarán las corridas, los en que trabajará Guerrita y otros portmenores importantes. Algo es algo; pero el haber permitido que se verifiquen funciones de abono en días laborables, es un abusivo precedente, que más de una vez se ha de sentir; y si no, al tiempo.

Para no ser motejada de perezosa, la Empresa hizo anunciar por carteles, con OCHO días de anticipación, la corrida con que se proponía inaugurar la temporada, expresando que en ella serían lidiados seis toros de la ganadería que hoy pertenece á la viuda de D. Carlos López Navarro, vecino que fué de Colmenar Viejo, por las cuadrillas de Mazzantini, Fuentes y Bombita. Efectivamente, el día 18 á las cuatro en punto de la tarde, presidiendo D. Isidro Urbano, que enseguida saludó al inmenso gentío que llenaba las localidades, hicieron el despejo los alguaciles y luego el paseo las cuadrillas, para quienes no faltaron aplausos; un ministril *corrió* la llave, dándosela al *parvulito* Albarrán y empezó la corrida. ¿Cómo fué esta?

Hubo de todo, como en botica. Más malo que bueno.

Empezando por el ganado que abanto, cobarde, receloso y huido, no permitió á los diestros lidiarle á conciencia, y que no debió nunca la dueña destinar al redondel de Madrid: continuando con los picadores y banderilleros, que ninguno hizo cosa que de contar sea, aunque hubo vez en que, sin saber por qué, los aplaudieron; sin omitir que el segundo buey saltó la barrera y persiguió al Teniente Visitador municipal D. Nicolás Rivas, que debe su salvación á la proximidad de un burladero, y á la oportunidad con que desde el estribo exterior de las tablas arrojó al toro capóte y montera el espada Mazzantini; y dejando para el final el relato del vergonzoso escándalo promovido al ser lidiado el último manso, veamos el trabajo de las figuras principales, disculpable hasta cierto punto con un *ganado tan perdido*.

D. Luis despachó á su primero con un soberbio volapié en las tablas, tan magistralmente ejecutado que ni Costillares pudo darle mejor: en corto, por derecho, haciendo humillar al buey con la muleta é introduciendo el estoque al mismo tiempo en lo alto de la cruz, y saliendo ceñido al costado de la res, consumó la mejor estocada de la tarde. Al segundo bicho suyo, no quiso ó no acertó á matarle bien: como le hubiera pinchado, frente á las tablas del tendido 10, sin lograr asegurarle, tuvo precisión de herir de nuevo, y lo hizo con los terrenos cambiados y tan mala suerte, que la estocada resultó en el pescuezo. ¿Por qué? Porque olvidó el diestro que aquel toro tan cobarde se tapaba en banderillas desde el primer par, y claro es que, colocado á más distancia de la conveniente, el buey le vió llegar, se tapó, y á la cobardía de tan mala res debe el valiente espada no haber sido arrollado, porque se metió en el terreno del toro tan por derecho, que el choque era inevitable á no cesar ó pararse uno de los dos. En lo demás estuvo Mazzantini deficiente, apático y sin entusiasmo: tanteó con la muleta siempre con la derecha (*vicio feo*), no paró lo que pudo parar; consintió que algunos picadores echasen los caballos en los cuernos, y estuvo indiferente en más de un quite. Y aquello de tolerar que toda la cuadrilla, sin excepción de espadas, se situase á la derecha de los picadores, como sucedió durante la lidia de los toros 3.º y 4.º, delante de los tendidos 10 y 17

Fuentes en esta corrida no ha salido de lo vulgar. Tanteando con la derecha, dando más pases de los necesarios y no siempre limpios ni parando; el primer toro que le tocó fué al desolladero con una media estocada en rectitud, entrando mejor que saliendo, y con otra descolgada: y el segundo, si no es infiel la memoria y los apuntes no mienten, de cinco pinchazos ó medias estocadas regulares y nada más, cuarteando en alguno. Hay que hacer más.

Bombita, que desde el principio mostró deseos de complacer al público, dió á su primer toro tres verónicas legítimas, una de ellas, la segunda, que ni pintada, y dos de frente por detrás aceptables, pero perdiendo terreno, lo mismo que en otros jugueteos que el vulgo aplaude y de nada sirven. Pasó de muleta sin parar, con algún pase cambiado de ningún mérito, aunque aplaudido, y otros por bajo sucios, y sin concluir, todos de cerca y con valentía: lió enseguida que consiguió cuadrar al toro, y casi en los medios, frente á los tendidos 8 y 9, dió una estocada arrancando tan á ley, que nos recordó á Frascuelo. No es posible más exactitud en la reunión para la suerte, mejor entrada, ni más limpia salida: que la hoja del estoque resultó un poco caída, ¿y qué? ¿Háse visto más pausa en la introducción del hierro, ni más rectitud en la ruta del diestro? A esto hay que atender y al sereno valor de este muchacho.

Pero él y Mazzantini no vieron, como vimos todos, que el segundo toro persiguiendo á Primito había de alcanzarle, y ya que esto no pudieran impedirlo, podían haber llegado á tiempo de evitar que le recogiera en el suelo y le lastimara hasta el punto de romperle una costilla. Más atención en lo sucesivo ¿eh?

Y vamos al trueno gordo. El último toro era como sus antecesores, criado á la mano, y hasta de su sombra huía: el Presidente, con menos templanza de la que su puesto exigía, se precipitó á mandar quemarle; los banderilleros lo hicieron mal como siempre; el público se indignó y gritó; el vulgo soez arrojó naranjas, botellas y cuanto á mano halló, para impedir la lidia; un discípulo de Baco saltó al redondel y á viva fuerza le sacaron los areneros: la confusión crecía, los toreros no sabían qué hacer, Bombita tomó los trastos y fué á matar al buey, pero todos los asientos de badana colocados en los tendidos cayeron al ruedo, y entonces Mazzantini mandó retirar la gente, los cabestros se llevaron al manso, el Presidente se cubrió y acabó la fiesta. La gritería siguió, porque el vulgo ignorante quería otro toro: hubiera dejado lidiar aquél, que no presentaba defecto y debía, según ley, ser arrastrado, y no se habría privado al espectador culto, y al aticionado de verdad, de ver completa la corrida. El Sr. Urbano estuvo cuerdo y justo en darla por concluida.

Lunes 19.—Primera de abono.—Con menos entrada que en la tarde anterior y bajo la presidencia de don Felipe González Rojas, fueron lidiados seis toros de D. José Antonio Adalid, vecino de Sevilla, previas las formalidades de rúbrica. Al ver en el redondel los dos primeros bichos, cobardes y recelosos, temimos se reprodujera la bárbara escena con que finalizó la corrida de inauguración; pero la aparición del tercero, que empezó pegando, calmó el mal humor de los vocingleros, aunque no mucho, porque el cuarto fué tostado y el último mereció serlo. Únicamente el quinto distrajo al público con su voluntad y certero modo de herir, dejando tendidos en el ruedo siete caballos: de manera que cuatro toros fueron bueyes, uno nada más que regular, y otro bueno, pero todos feos, de cuerna blanca y mala presencia.

La lidia en general fué mala y embarullada. Continúa el escándalo de colocarse la gente de á pie á la derecha de los picadores, y se tienen por toreros los que ignoran los más rudimentarios preceptos del arte, como si por el solo hecho de ser valientes pudieran dar lecciones al mismísimo Montes. Los capotes corren los toros en sentido inverso, que es el de ahuyentarlos de los caballos; los banderilleros se pasan con los palos sin necesidad, y para colmo del poco aprecio en que se tiene el Reglamento y las prácticas tradicionales, se dió el caso de arrastrar al quinto toro antes que á un caballo. ¿Hubo multa por este desmán? Creemos que no. La ignorancia ha sido siempre patrimonio de los Presidentes de nuestra fiesta nacional.

Portáronse menos mal que otras veces los picadores, en cuanto á voluntad, que no en inteligencia, puesto que todos los caballos, sin excepción, fueron heridos en los pechos y ninguno de cinchas atrás; y solamente el banderillero Moyano clavó á ley los rehiletes.

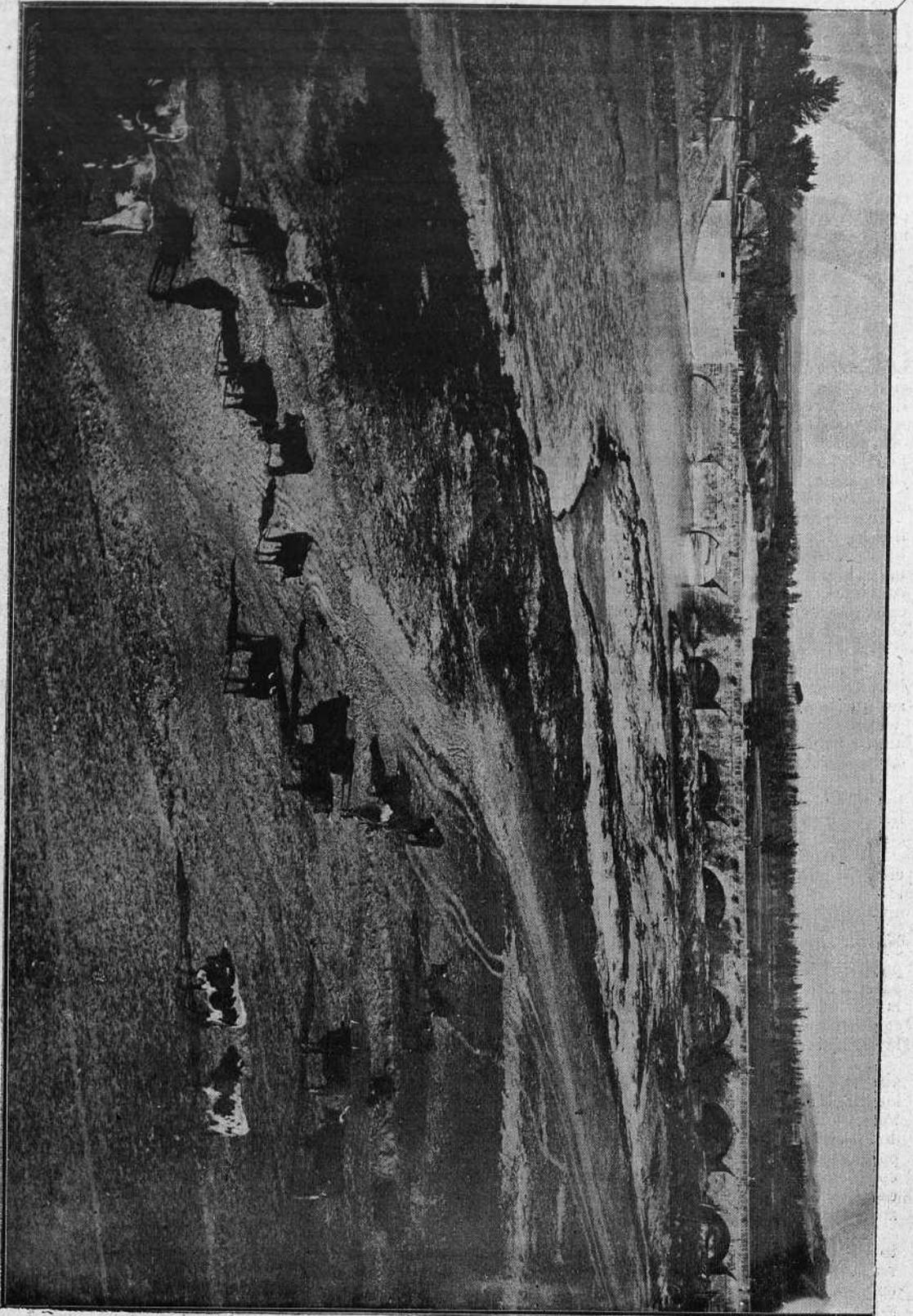
Cuanto á las espadas, hay mucho que hablar.

Mazzantini, tan indolente ó poco menos que el día anterior, puso un buen par de banderillas al 5.º toro, á petición del público, y al pasar de muleta al primero no estuvo con la serenidad que requería muy tan cobarde, lo cual le costó oír silbidos; pero le dió una buena, aunque corta estocada en las mismas péndolas, que con justicia fué aplaudida, porque surtió su efecto como no podía menos, dada su excelente colocación. Esas medias estocadas traen la marca de fábrica de Cúchares y Lagartijo. A su segundo, le pasó á su modo con brevedad, y después de un pinchazo á volapié neto, se arrancó de nuevo, clavando el estoque *en lo alto* y con rectitud. Hubo alguien que silbó porque el toro arrojó sangre por boca y narices, y al hacer esa demostración, acreditó que su inteligencia corre parejas con la de los que el día 18 pidieron un toro más. ¡Cuánta ignorancia! Lean á Montes, y verán que al pasar la estocada los pulmones, les hace arrojar sangre por la boca, y que añade «muchos confunden esta estocada con los *golletes*, lo cual es efecto de muy poca inteligencia, pues tienen un mérito sobresaliente éstas». Claro es, como que la estocada, quedó un poco delantera por pararse el toro (*pasado de parado*).

Fuentes, ni crece ni mengua. Mucho nos gusta la seriedad y formalidad en el toreo, pero no la calma sosa que aburre y fastidia. Abusa de los pases y no encuentra momento á propósito para entrar á herir. Si en el volapié en las tablas que recetó á su primer toro no hubiese cuarteado, la estocada ni hubiese sido baja ni atravesada, y entonces hubiera evitado el percance que le ocurrió después, de tener que arrojarse al suelo al verse perseguido cuando le pasó nuevamente, y de recibir un aviso presidencial. La faena que hizo con su segundo no tiene disculpa; porque el bicho que, por efecto de tanto romaneo como llevó en la cabeza al matar siete caballos, había quedado completamente aplomado y por consiguiente en las mejores condiciones para el volapié, se hubiera prestado á él, **entrándole con decisión y por derecho**: pero siempre se fué cuarteando y echándose fuera, y de ahí los tres pinchazos y dos bajonazos que concluyeron con el toro. Así no se puede seguir, que la tolerancia tiene un límite.

Bombita, dadas las condiciones del toreo moderno, alegre, juguetón y atrevido, ha de poner en más de un aprieto á figuras principales. Reune los requisitos de aventajada inteligencia, valor sobresaliente, gran voluntad y una *verdad* envidiable en cuanto ejecuta; pero como ese toreo movido no nos convence, no nos gustaron los pases que empleó *sin parar*, aunque elogiemos el denuesto incomparable con que dió aquella estocada arrancando, contraria y hasta la taza, saliendo tropicado. Eso es lo que se llama amor al arte, y conciencia de lo que vale. Al último lo mató moviéndose en los pases de una gran estocada algo caída.

Bombita (sin darle bombo) puede dar que hacer en el redondel si no tiene una desgracia, de la que Dios le libre. Cuando haya menos de que dar cuenta, extenderemos nuestras apreciaciones sobre el trabajo de los diestros, juzgando á todos con arreglo al arte y sin padrinzagos ni contemplaciones.



SAN FERNANDO DE JARAMA.—PUENTE DE VIVEROS.—PRADO DE ABAJO

(Instantánea de la *Sociedad Artística Fotográfica*, expresamente para Sol y Sombra.)

UN ALEGATO

Sr. D. Luis Carmena y Millán.

Mi muy querido Luis:

Me hallo entre los cuernos del toro, y recurro á tu amistad y pericia para ver si hallas medio de que yo salga sano y salvo del peligro que me rodea.

SOL Y SOMBRA se intitula un nuevo periódico taurino que ha de publicarse en Madrid, y pretenden que yo escriba alguna cosa destinada á dicho papel. Bien sabes tú, lo mismo que Neira, Cavia y otros amigos, que ni entiendo de toros ni me gustan los toros. Y si no bastasen las declaraciones de tan abonados y respetables testigos, ahí están mis artículos relacionados con los cornúpetas (porque *cornúpeta*, y no *cornúpeto*, debe nombrarse al toro) que no me dejarán mentir. En todos ellos no he pasado de tagarote que copia lo que le ponen por delante.

Allá van, siguiendo mi costumbre, las noticias que recogió un testigo madrileño en el mes de mayo de 1636:

«Ayer (dice) tuvieron ocho toros: hubo cañas de los cofrades de una imagen de Nuestra Señora del Hoyo, que está una legua de aquí, que por su devocion las corren todos los años por este tiempo. S. M. gustó de ver como lo hacían, y se lo avisaron y fueron de cañas más de ciento con sus vestidos negros, cabos de varios colores, conforme á las cuadrillas, sus bandas y plumas. Hicieron su entrada como se acostumbra: corrieron maravillosamente y jugaron sus cañas con gran destreza. No quedó rocin en el torno de Madrid que no saliese. Y los caracoles fueron muy particulares y hechos con grande gala; y salioles tan bien la fiesta, que dudo que los cortesanos de mayor punto lo harían tan bien, despues de muy ensayados. Los toros fueron muy valientes: uno de los de las cañas se quedó á rejonear: hizo buenas suertes, y á lo último un toro la hizo en su caballo y rodó muy contra su voluntad. . . .»

«El martes pasado dejamos á los cortesanos en los toros. El número de gente fué el mayor que se ha visto: mas aguóselos Dios, porque á las cuatro y media vino una nube y descargó tan furiosa agua, que en más de una hora y media no cesó. A los principios no hicieron caso: despues que vieron iba de veras, se procuraron poner en cobro despues de estar muy bien remojados, y lo tuvieron á dicha los que de esta suerte escaparon, que otros que no fueron tan advertidos, quedaron que era lástima el ver como salían. La plaza estaba hecha un mar, y cuando se mejoró soltaron un toro, que se defendió de espadas y medias lunas para que no le jarretasen, por más de una hora. Fué este el quinto de la fiesta, y los caballeros que habían de salir á dar rejon, por tres veces pidieron á S. M. su venia para irlo á matar, y las dos negó: la tercera condescendió y salieron siete. Quebraron doce y media de rejones con grande gala, y el que antes era leon empezó á temer y acobardarse de los caballeros: cercáronle y acabaron con él á cuchilladas; y viendo S. M. que por estar la plaza tan llena de agua, peligraban mucho los caballeros, no quiso arriesgarlos con otras muchas suertes, sino que gozasen la que habían tenido, y se levantó y acabó la fiesta. Pretendieron se continuase el miércoles porque quedaban trece toros encerrados; y S. M., como tan religioso, no quiso por asistir á las visperas del Santísimo Sacramento, y por lograr la Octava, ha mandado se suspendan por toda ella los toros de San Isidro.»

Yo también suspendo aquí el alegato, pues supongo que me habrás entendido y que me harás justicia. Y si no me puedes comprender ó no me explico, agregaré con Sancho Panza que *no sé cómo lo diga, no sé más y Dios sea conmigo*.

Él te guarde y prospere, como desea

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia;
de marzo de 1897 años.

¡VIVA SEVILLA!

.....
y el Rey Santo me ganó
con Garcí Pérez de Vargas.»

Y bendiga Dios á D. Fernando III y á D. Fernando VIII (*el Gallo*) y al señor Hércules que fundó á Sevilla, según cuentan, y al señor Julio César, que la cercó

«de muros y torres altas».

Yo no sé si se habrá escrito algo de Sevilla.

Recuerdo haber leído «alguna cosita».

Y sobre todo cuanto han dicho y escrito extranjeros y nacionales, siempre queda mucho por decir y por escribir.

Y á pesar de cuanto han cantado poetas antiguos y medioevales ú «mediochavales» ú como se dice ahora, y poetas modernos tan ricos de fantasía como Manolo Reina y Salvaorico Rueda, «otavía» queda mucho que cantar.

Y quien lo dude que se pase por el Prado de San Sebastián en las noches de feria y verá y oirá si hay siempre cantantes y cantares nuevos, para la gloria de la más hermosa y la más alegre y la más rica de todas las «sultanas de todos los Guadalquivires del mundo».

Con los pintores y los poetas nacidos en Sevilla, bastaría para inmortalizarla.

Y es que en aquella tierra, saturada de perfumes y alegría, se dan mujeres hermosas y se dan artistas y... se vuelven locos los ingleses, que es cuanto puede decirse.

Saliendo de Sevilla se explica el más incrédulo en cosas de la Historia Sagrada lo que sufriría el primer hombre y su esposa cuando el Señor los arrojó del Paraíso, por sinvergüenzas.

Que visiten á Sevilla en tiempo de feria, se les receta á los enfermos, como se les prescribe los baños, no de Aguas Buenas, sino de «Aguas Mejores», ó como las internadas en Niza, en Málaga ó en Alicante.

Y es remedio infalible para recobrar la salud moral y material é intelectual.

Hubo ya tonto y muerto «relativo»,
que al mes ó poco más, se volvió vivo.

¡Que es ver aquellas cofradías rivalizando en lujo, y oír aquel *Miserere* y asistir al lavatorio y á la Resurrección de Jesucristo!
¡Y aquellas saetas que llegan al alma y atemorizan á cualquier persona decente!



Después de la Pasión, la Resurrección; detrás del dolor, el regocijo, la expansión del espíritu.
¡Qué calle de las Sierpes, qué calle de San Fernando y qué Prado de San Sebastián!

La mar de criaturas que se dirigen á la feria. ¡Qué muchedumbre, compuesta de personas de diversas tierras!

Allí, junto á la dama sevillana, la de clase humilde, pero limpia y vistosa; codeándose el torero vestido de gala con el inglés á toda vela ó con la familia inglesa á todo velo, porque los usan lo mismo las hembras que los varones para defender el cutis ó los *cutises* de los rayos del sol ó del polvo.

Las casillas de los círculos, de las corporaciones, de los particulares; las instalaciones de fenómenos extraordinarios, y del Mundo nuevo; las buñolerías.

Y dentro de cada casilla un concierto, un baile, y en la puerta de la casilla la gente aglomerada para disfrutar del espectáculo gratis y jalearse á los artistas.

Y multitud de luces que parecen estrellas de aquel cielo.

Más allá de las casetas, el ganado caballar y lanar y vacuno y de cerda, y chalanos *cargaos* de cadenas—entiéndase de oro para el reloj, con dijes tamaños como cabeza de niño chico—y gitanos vestidos de limpio—hiperbólicamente hablando—y gitanas como soles, que acompañan á sus hombres.

Como soles «del tó», con manchas naturales en el vestido con volantes y aun en las manecitas y en la propia cara.

Verdad es que también hay gitanas que marean y revuelven por dentro á cualquier cristiano.

Hermosuras morenas como la «Venus de color».

¡Y cómo cantan y cómo bailan y cómo sirven los buñuelos y cómo dicen la buenaventura á los payos y á los extranjeros!

—Ven acá, zentrañita, que te voy á desí tó lo que tú no zabe; mira, que te aspera una gachí que está pazando por tu cauza las duca más grande. Tú vas á ze Zurtán en una tierra mu lejana...

en el texto por todos los pintores é instrumentados por todos los músicos del orbe filarmónico.

Aquel circo taurino en corrida de feria, toda llena de criaturas, con tantas mujeres de primera necesidad, y tanta luz y tantos colores, más que una plaza parece un canastillo de flores.

Así es, que, viendo aquel conjunto y respirando en aquella atmósfera, se siente deseo de hacerse matador de toros para lucirse en aquel ruedo y que le miren y le toquen las palmas aquellas mujeres y aquellos aficionados á toros.

Yo creo que por eso salen tantos toreros en Sevilla.

—Porque hay palmas que halagan más que el dinero—como me decía *Manoliyo* Q. E. P. D.

¡Pobre *Espartero!* ¡Qué torero tan guapo! ¡Qué hombre tan hombre y tan modesto!

¡Con cuánto dolor recordarán el nombre de Manuel los buenos aficionados!

¡Con cuánto dolor le recordamos los que fuimos sus amigos!

Por fin, basta de tristezas y vamos á ver la cuarta corrida de feria. ¡Quién pudiera decirlo!

Son de Miura, y los matadores *Bonarillo*, *Reverte* y *Bombita*.

Y consolémonos los vecinos de Madrid. Que tenemos aquí á Guerra para esta corrida.

Y para todas á D. Bartolomé Muñoz, vecino de Sevilla y amigo mío y de la «impresa».



Así le decía una maja «desgreñá» á un alemán que parecía un Bismarck de lanas.

¿Quién sabe si acertaría la «cañí» y el alemán transeunte llegará á ser príncipe accidental de alguna Caraman Chimai?

¿Quién sabe si llegará á ver complicado con cualquiera princesa errante, como príncipe de comedia?

Una corrida de toros en la plaza de Sevilla es espectáculo que no pueden describir todos los poetas nacionales y extranjeros, ilustrados

¡Sentimientos!

LOS CUATRO ASES

Nunca me demostrarás
que tus *ídolos* son buenos:
unos por carta de más
y otros por carta de menos.

YA están sobre el tapete de la plaza de Madrid—el primer tapete de España—los cuatro ases de la gran baraja tauro-bartolina!

Pueden ir apuntando los aficionados al naípe que más les agrade y no pierdan tiempo en sus cálculos, porque Bartolo es hombre de poca paciencia y no ha de tardar mucho en exclamar ceremoniosamente:

—Señores, ¡no va más!

Ahí tienen ustedes, *vis á vis*, el as de espadas y el as de bastos, los dos *estuches* del toreo moderno: Guerrita y Mazzantini.

A guisa de *gallo* nos suelta el banquero los otros dos ases, el de copas y el de oros, Bomba y Reverte, puntos genuinamente sevillanos, que no siempre han de ser los puntos filipinos.

Y ahora entramos en tanda los verdaderos *puntos*, los aficionados, los que al final del juego hemos de salir con las manos en la cabeza y los bolsillos *tísicos*. Tenemos que apuntar á uno de los ases. Meditemos *hondamente*, cual si se tratara de resolver complicadísimo teorema, y lancémonos al fin á los peligros.

• A Cánovas, el primer español, por excelencia, el ilustre estadista, árbitro hoy de los destinos españoles, corresponde la primera postura.

Pero Cánovas vacila, tiembla y se estremece.

En otros tiempos de pasiones locas

hubiese apuntado D. Antonio al as de bastos. Era entonces para él el «procedimiento de la estaca» el más convincente, el más dulce, el mejor procedimiento. Pero desde que le salieron al «ruedo de sus dominios» reses de corpulencia y de pérfidias intenciones, duda el hombre y vacila, no sabiendo á qué carta quedarse.

Los bichos cubanos y filipinos, son bichos de respeto que necesitan castigo con ambas manos, y entendiéndolo así nuestro ilustre estadista se decide después de mucho cavilar y hace un doble juego.

Apunta á Guerrita—as de espadas—y á Reverte—as de oros.

La combinación es preciosa; sólo tiene una quiebra.

Que salte cualquier Valeriano y le dé con el basto en la cabeza, ó que salga un Sanguily—por ejemplo—y le estampe el as de copas en la frente.

*
*
*

—¡Hagan juego, señores!, grita Bartolo encaramado en el sillón del despacho de billetes.—¡Mazzantini y Guerrita! ¡Bombita y Reverte! Alrededor del kiosco de la calle de Sevilla se agrupan los *untos*, oprimiendo nerviosamente con las puntas de los dedos las pocas pesetas que aún *fluctúan* en sus bolsillos.

¡Hay que decidirse! ¡Hagan juego, señores!

Reflexionemos antes.

Guerrita, el as de espadas, el primer *estuche*, lo mismo en el tresillo—juego de sociedad—que en el arte tauromáquico—juego nacional—subarrendado hoy por Bartolo, es la carta segura, la insustituible. . . . , pero *Guerrita* ¡ay! «tiene puertas».

Y si viene ¡que sí vendrá! habremos de percibir cantidad exigua en el cobro, porque las «mal-ditas puertas» se llevaría una tercera parte de la puesta.

Prescindamos de Guerrita diciendo con nuestro ilustre dramaturgo

ó ser todo ó no ser nada.

¿Y el as de bastos? ¡Buen naipe!

Mazzantini hace su juego en el juego general y no pocos puntos lograron en pasadas edades cargar con todo el dinero de la banca, apuntando al as de bastos.

Peró hoy este naipe se da poco.

Al *pase* del banquero, que en nada se parece al *pase* de muleta, queda siempre Mazzantini al final de la baraja, y cuando salta. . . . ni fichas hay ya sobre el tapete.

Cierto que el «as de bastos» proporciona desquites monumentales—en *quites* no tiene este naipe rival;—pero recuerden los puntos «que no sólo de pan vive el hombre», aunque sí sea elemento precioso para una buena alimentación.

¡El as de copas! Soy poco aficionado á la bebida. No apunto á Bombita por esta razón.

El vino bueno ó malo tiene *amateurs* feroces, infinitos, pero su voto no tiene valor ninguno porque el vino se «sube á la cabeza» y. . . .

convierte á los hombres en idiotas.

Levanten las copas los bebedores incorregibles—entre los que tengo el honor de no contarme,—brinden y pongan sus entusiasmos por el naipe de Tomares, y después de apurado el licor, mediten, reflexionen ó piensen—si los vapores del alcohol lo permiten—sobre la frase del insigne, al par que práctico filósofo, que decía si mal no recuerdo:

*El zumo de la vid, si no hay tajadas
es mala cosa para el hombre cuerdo.*

Por lo que, otro filósofo de la escuela contraria, llamó *tajadas* á las *borracheras*, destruyendo así la hermosa frase del pensador ilustre.

Y de Reverte ¿qué? ¡El as de oros!

Es la carta de mayores esperanzas para los jugadores. Creo, sin pasión, que á este lado cargará el juego en la temporada.

No me atrevo á poner por Reverte. Es carta muy peligrosa y muy expuesta al fallo.

Dígalo sino el toro *Screno*, de Veragua, que en la sesión última «se hizo con este naipe» y por poquito lo suprime de la baraja.

¡Tampoco apunto al as de oros!

*
* *

—Señores, ¡no va más!—exclama Jimeno, sustituto de Bartolo, pues éste se ha ido en busca del ta!ego para guardar las pesetas.

¡No va más!, y empieza el juego.

¿Qué as se llevará los cuartos?

¡Vaya usted á saber!

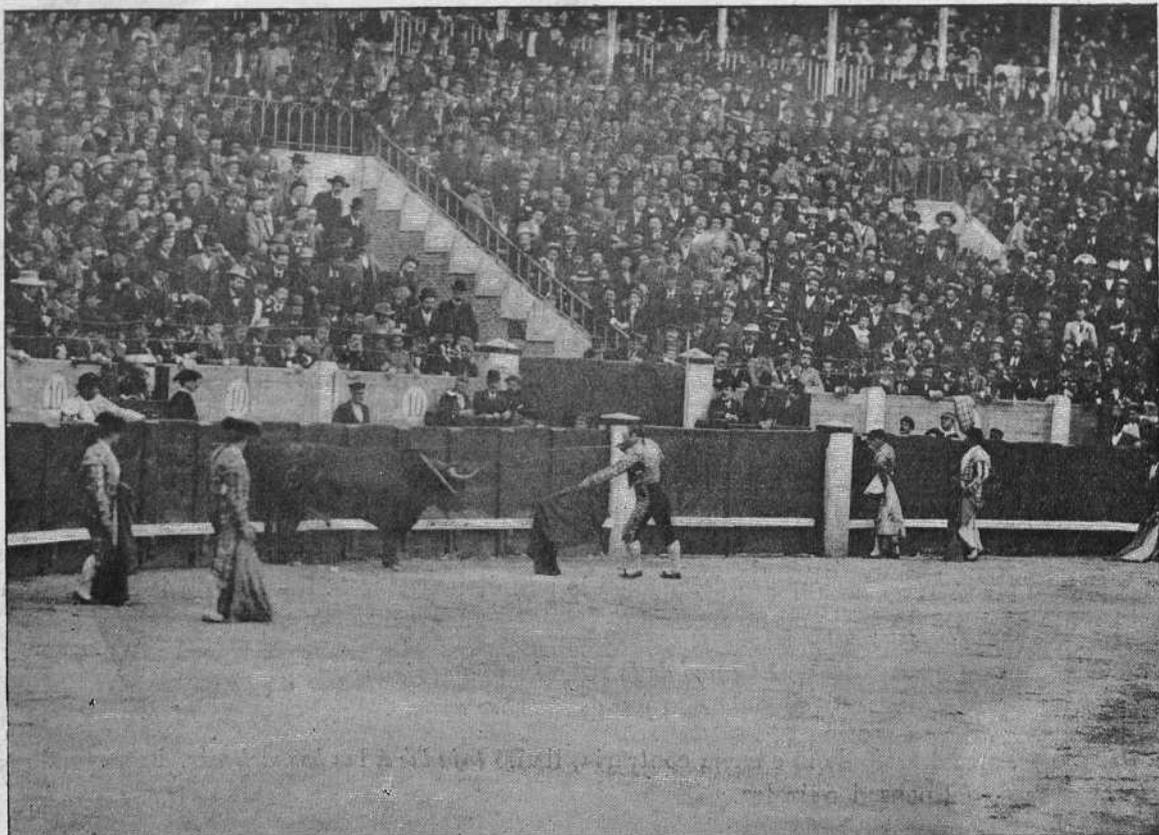
Yo, que como demostrado queda, no soy *punto* activo, *me hundo* en el compacto grupo que los aficionados forman en torno al primer tapete de España, y aguardo tranquila y sosegadamente el final de la partida.

Y sea el que quiera el *as* que triunfe me subiré encima de la mesa y gritaré á voz en cuello, dirigiéndome á la masa común de los infelices *puntos*:

Nunca me demostrarás
que tus *ídolos* son buenos:
unos por cartá de más
y otros por carta de menos.

DON MODESTO.



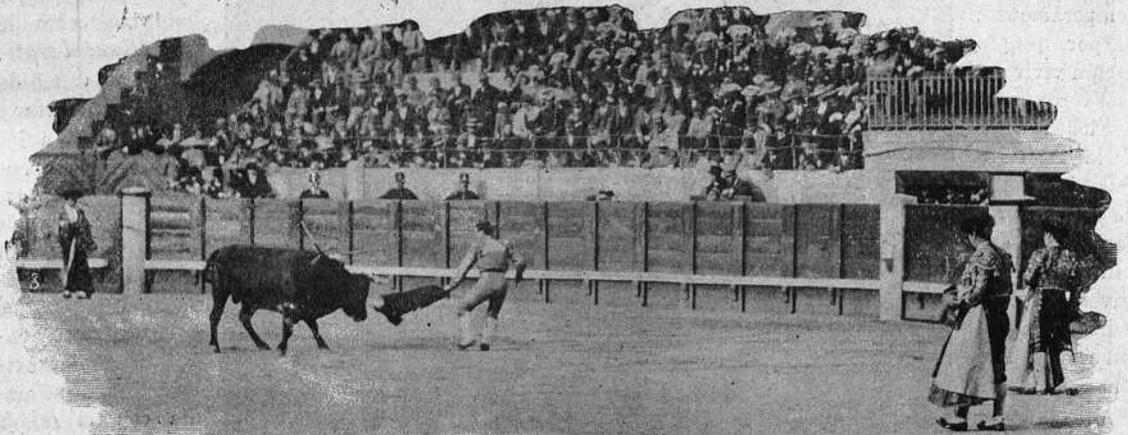
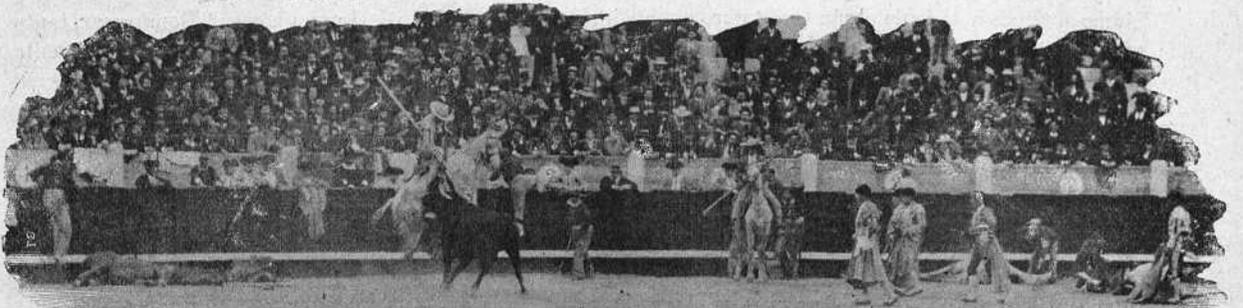
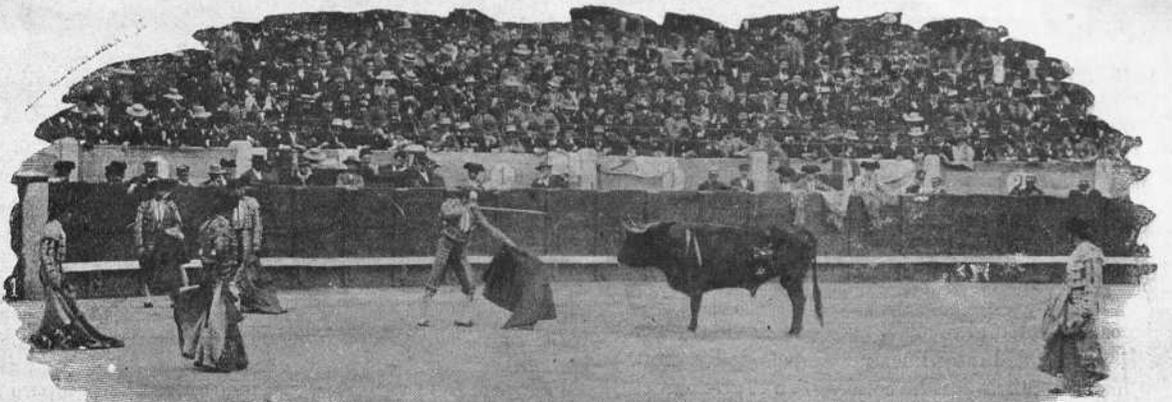


Luis Mazzantini entrando al volapié al toro 4.º en tablas del 10.



Fuentes en un quite al picador *Cigarrón* en el toro 5.º

(Instantáneas de la *Sociedad Artístico Fotográfica*, expresamente para SOL Y SOMBRA.)



1.ª CORRIDA DE ABONO

1. Mazzantini entrando á volapié en el primer toro.
2. Una vara de *Cantares* en el toro 5.º
3. *Bombita* pasando al toro 3.º
4. *Bombita* entrando á matar en el toro 3.º

(Instantáneas de la *Sociedad Artístico Fotográfica*, expresamente para SOL Y SOMBRA.)

Manuel Domínguez y Campos.

No es adulación al muerto, pues que en vida, y siendo uno de sus íntimos amigos, jamás llegué á ese extremo pasional donde tantos fincan el aprecio de los diestros.

De tres hombres que he conocido en el arte con el dictado legítimo de valientes, ninguno que se le equipare á Manuel Domínguez.

¿Por qué?

Es muy sencilla y gráfica la explicación.

Decidme si tenéis noticia de algún otro torero y matador de toros que admita el parangón con Domínguez, tanto en su vida artística como en la vida de penalidades, exposición y trabajos, ora empuñando el sable del cabecilla de partida, ora el látigo y cuchillo del mayoral de negrada, ora el mando expuestísimo de capataz en los saladeros de las Pampas Argentinas.

Domínguez, con un corazón templado para las grandes luchas, jamás sintió lo que se denomina miedo, ni cedió á nadie que quisiera imponerle por el aparato de que revisten los *guapos* su jactancia.

Nació valiente por temperamento, eligió por propia convicción vivir del arte del toreo, y, al cruzar los mares para la América del Sur, donde iba en pos de glorias y de una posición, sufrió tan crueles alternativas, que puede decirse de aquel hombre que fué ejemplo palpable de lo que vale la tenacidad ante los obstáculos mayores.

Dos veces—decía Domínguez—realicé la poca hacienda que me había agenciado, en fuerza de grandes trabajos y exposiciones miles; pero deberes de un orden íntimo me retenían allí y volvía á emprender nuevos derroteros para mi subsistencia.

centenar de toros y vacas para conducirlos al edificio-corril de matanza de un saladero. Bajo su dirección—como capataz que era Domínguez—hízose el degüello de aquellos animales, y bien entrado el día dispuso la parada de faena á fin del natural descanso, á la vez que se hacía comida para el numeroso personal bajo sus órdenes.

Uno de los *ganchos*, tipo de aspecto feroz y pendenciero, que tenía terrible fama entre los suyos de hombre cri-



Su juventud se consumía en trabajos rudos; la madre patria le llamaba, y al fin, á los treinta y seis años de edad, decidió el regreso á España. Allí quedaban por aquellos campos el recuerdo de sus hazañas, y con él el dictado que había merecido de *señó Manué el bravo*, que había tenido bríos para sujetar y tener á raya á los más incultos y pendencieros *ganchos*, gente agresiva de suyo, como nacida en medio de la salvaje naturaleza, que enlazaba reses y caballos con maravilloso tino, y que media con el *cebado tigre* su agilidad y fuerzas blandiendo el desmesurado cuchillo y el arrojado lazo de tres bolas.

Sin dar importancia al hecho, refiriéndolo como cosa trivial de juego infantil, contaba Domínguez que una vez allí en las Pampas toda su gente había hecho prisionera á más de un

minal, quiso, como decimos por acá, lucirse probando á Dominguez. Habia indicado éste que se descuartizara una becerrilla para la comida de aquella *tropa*, y en esta ocasión fué cuando el indio, oponiéndose, dijole que no aquella, sino una gran vaca era lo que debía degollarse.—Mira, con esa tenemos bastante carne y sobra, le arguyó Dominguez.—Pues no, que ha de ser la otra, contestó el gancho, porque quiero y puedo.

—Tú buscas algo, dijo el *señó Manuel*, y te lo vas á encontrar porque me sobra vergüenza.

—Ya estoy con ganas—dijo el otro—de sabé toito lo que cuentan de *señó Manuel*.

—Pues andando, á caballo, que vamos á probarlo. Subiéronse cada uno en el suyo, se alejaron del saladero, y cuando á Dominguez le pareció haber hallado sitio á propósito le dijo:

—Aquí; desmóntese, amigo, que ahora verás lo que yo hago con los valientes habladores.

Dejaron los caballos, pusieronse de frente blandiendo los afilados cuchillos, y á poco caía el jactancioso gancho para no levantarse más.—«Allí dejé, *quejándose*, al pobre—decía Dominguez—y si no es por un médico sevillano que me protegía y habló á Rosas en mi favor, pago con el cuello aquel duelo en la que la razón y la suerte estuvieron de mi parte.»

Si no hubiera sido así, Dominguez jamás hubiera podido tener mando sobre gente tan atrevida como temeraria, que á cada instante le buscaba un lance para abusar de él y probarlo.

.....
A la tercera va la vencida, dice un refrán, y reuniendo en dinero el valor de sus fincas, carros y atalajes, vino á España en Mayo de 1852. Al presentarse en Sevilla, de chaqueta y sombrero de copa alta, y oírle hablar con el dejo especial de los españoles americanos, con su vocesita fina, creyéronle al principio que no era español; y tanto es así, que empezaron á distinguirle las gentes con el dictado de *El Americano*.

Aquel hombre de formas correctas, alto, musculoso, de temperamento sanguíneo, dulce en el decir, con trato de gentes, formal y circunspecto, respetuoso y sin alardes chocarrereros, se hizo oír, se fió en la historia suya que refería á todos, y diciéndose discípulo de la ESCUELA DE TAURAMAQUIA instituida en Sevilla en 1830, llegaron á conocerle antiguos camaradas y amigos.

Su aparición en los *circos* fué un acontecimiento, porque fenecida con Redondo la escuela del toreo verdad, sólo un diestro como Dominguez podía ofrecer interés á los buenos inteligentes.

El capeo al natural, la gallardía del torero que, aunque maduro, se mostraba elegante, parado, á la vez que bravo é inteligente; la magistral manera de entrar á los volapiés; su cuarteo ceñidísimo con el capote terciado sobre el brazo izquierdo; el mando de su gente, y sobre todo su arrogancia y exacta medida en la suerte de recibir, produjo una verdadera animación en los aficionados, y los contratistas le buscaban ávidos de ganar mayores sumas por rendimientos de corridas.

A haber vuelto á España Dominguez en los años de mayor auge para Montes y Redondo, es indudable que dado el carácter del primero hubieran presenciado los públicos una rivalidad exagerada, porque aunque el estilo del toreo chicanero era la seriedad en la variedad de sistemas, en el fondo la escuela rondeña hacia patente la enseñanza y método del gran Romero.

Dominguez lo hacía todo, y los de su época no podían igualarle en la especialidad de su franco toreo á pie firme, dando pases ceñidísimos de pecho y cambiándose, y al erguirse con la muleta en la izquierda y el estoque en la derecha, tan cerca del testuz, había que pedir á Murillo, el pintor de lo ideal, para que le retratase en aquella hermosa apostura.

Qué manera de pasar, qué pausa en el *desafío*, qué modo más artístico y acompasado para decir á los entendidos: vean ustedes mi colocación en el verdadero terreno, y cómo, sin decirlo, comprenden ustedes la suerte que voy á ejecutar.

Nadie, sin perder terreno, pudo hacer á lo sumo tres lances á la navarra; Dominguez en Sevilla, y con un toro revoltoso y de bravura excepcional, dió CUATRO (dos á mano derecha y dos á izquierda) previniendo antes á diestros é inteligentes que ocupaban asientos de cajones.

Por salvar la vida al famoso picador *Coriano* acude al quite, pierde el capote, y viendo que el toro había herido al jinete, se arroja sobre la cabeza de la res y aguanta las cabezadas agarrándose fuertemente á las astas y cuello.

Otra tarde, y á un sobresaliente toro de Barrera, le pasa de pecho ocho veces seguidas sin perder su línea; otra en Valencia da un quiebro ceñidísimo á un toro, vuelca éste y mientras los mozos acuden á levantar á un picador, Dominguez planta un pie sobre el pitón derecho del toro y le impide momentáneamente levantarse.

Tantean con la mano derecha todos los espadas á los toros *aconchados* á los tableros, y Dominguez erige un sistema suyo, llegar con la muleta á la cara, enganchar el estoque por el lado interno y así dar el pase preparado de pecho, para que, fuera la res, vaya á los tercios, donde emprendía el juego de trasteo á fin de hacer la muerte en el terreno natural.

Basta que un banderillero notabilísimo, *el Lilio*, le diga ante un toro que *cuadrado* espera la estocada—¡ahora, *señó Manuel!*—para que llegue y ofrezca estoque y muleta al *mentor*, diciéndole:—«mátalo tú», con cuya demostración ante un público puso en ridículo al célebre diestro gaditano.

Era un carácter altanero que no consentía nada en desprestigio suyo, y de aquí el respeto con que diestros y aficionados le dirigían la palabra, sabiendo que de la contradicción ó perdían la amistad ó recibían réplicas duras.

En la plaza como en la calle era siempre el *señó Manuel*.

La cogida más tremenda—entre las diferentes que tuvo por efecto de su escasa agilidad con los toros cobardes y de sentido—fué la de 1.º de Junio de 1857 en la plaza del Puerto de Santa María. Aquel maldito *Barrabás*, de Concha y Sierra, lo degolló casi á la vez que al arrojarlo de golpe sobre la arena le hizo desprender el ojo derecho de su órbita, quedando pendiente del purvo de la retina.

Aquella catástrofe le hubiera costado la vida á otro hombre que no tuviera la carne de hierro y temperamento nervioso de Dominguez.

Manuel Domínguez y Campos.

Es adulación al muerto, pues que en vida, y siendo uno de sus íntimos amigos, jamás llegué á ese extremo pasional donde tantos fincan el aprecio de los diestros.

De tres hombres que he conocido en el arte con el dictado legítimo de valientes, ninguno que se le equipare á Manuel Domínguez.

¿Por qué?

Es muy sencilla y gráfica la explicación.

Decidme si tenéis noticia de algún otro torero y matador de toros que admita el parangón con Domínguez, tanto en su vida artística como en la vida de penalidades, exposición y trabajos, ora empuñando el sable del cabecilla de partida, ora el látigo y cuchillo del mayoral de negrada, ora el mando expuestísimo de capataz en los saladeros de las Pampas Argentinas.

Domínguez, con un corazón templado para las grandes luchas, jamás sintió lo que se denomina miedo, ni cedió á nadie que quisiera imponerle por el aparato de que revisten los *guapos* su jactancia.

Nació valiente por temperamento, eligió por propia convicción vivir del arte del toreo, y, al cruzar los mares para la América del Sur, donde iba en pos de glorias y de una posición, sufrió tan crueles alternativas, que puede decirse de aquel hombre que fué ejemplo palpable de lo que vale la tenacidad ante los obstáculos mayores.

Dos veces—decía Domínguez—realicé la poca hacienda que me había agenciado, en fuerza de grandes trabajos y exposiciones miles; pero deberes de un orden íntimo me retenían allí y volvía á emprender nuevos derroteros para mi subsistencia.

centenar de toros y vacas para conducir las al edificio-corral de matanza de un saladero. Bajo su dirección—como capataz que era Domínguez—hízose el degüello de aquellos animales, y bien entrado el día dispuso la parada de faena á fin del natural descanso, á la vez que se hacía comida para el numeroso personal bajo sus órdenes.

Uno de los *ganchos*, tipo de aspecto feroz y pendenciero, que tenía terrible fama entre los suyos de hombre cri-



Su juventud se consumía en trabajos rudos; la madre patria le llamaba, y al fin, á los treinta y seis años de edad, decidió el regreso á España. Allí quedaban por aquellos campos el recuerdo de sus hazañas, y con él el dictado que había merecido de *señor Manué el bravo*, que había tenido brios para sujetar y tener á raya á los más incultos y pendencieros *ganchos*, gente agresiva de suyo, como nacida en medio de la salvaje naturaleza, que enlazaba reses y caballos con maravilloso tino, y que media con el *cebado tigre* su agilidad y fuerzas blandiendo el desmesurado cuchillo y el arrojado lazo de tres bolas.

Sin dar importancia al hecho, refiriéndolo como cosa trivial de juego infantil, contaba Domínguez que una vez allí en las Pampas toda su gente había hecho prisionera á más de un

minial, quiso, como decimos por acá, lucirse probando á Dominguez. Habia indicado este que se descañizara una becerrilla para la comida de aquella *tropa*, y en esta ocasión fué cuando el indio, oponiéndose, dijole que no aquella, sino una gran vaca era lo que debía degollarse.—Mira, con esa tenemos bastante carne y sobra, le arguyó Dominguez.—Pues no, que ha de ser la otra, contestó el gancho, porque quiero y puedo.

—Tú buscas algo, dijo el *señó Manué*, y te lo vas á encontrar porque me sobra vergüenza.

—Ya estoy con ganas—dijo el otro—de sabé toito lo que cuentan de *señó Manué*.

—Pues andando, á caballo, que vamos á probarlo. Subiéronse cada uno en el suyo, se alejaron del saladero, y cuando á Dominguez le pareció haber hallado sitio á propósito le dijo:

—Aquí; desmóntese, amigo, que ahora verás lo que yo hago con los valientes habladores.

Dejaron los caballos, pusieronse de frente blandiendo los afilados cuchillos, y á poco caía el jactancioso gancho para no levantarse más.—«Allí dejé, *quejándose*, al pobre—decia Dominguez—y si no es por un médico sevillano que me protegía y habló á Rosas en mi favor, pago con el cuello aquel duelo en la que la razón y la suerte estuvieron de mi parte.»

Si no hubiera sido así, Dominguez jamás hubiera podido tener mando sobre gente tan atrevida como temeraria, que á cada instante le buscaba un lance para abusar de él y probarlo.

.....
A la tercera va la vencida, dice un refrán, y reuniendo en dinero el valor de sus fincas, carros y atalajes, vino á España en Mayo de 1852. Al presentarse en Sevilla, de chaqueta y sombrero de copa alta, y oírle hablar con el dejo especial de los españoles americanos, con su vocesita fina, creyeronle al principio que no era español; y tanto es así, que empezaron á distinguírle las gentes con el dictado de *El Americano*.

Aquel hombre de formas correctas, alto, musculoso, de temperamento sanguíneo, dulce en el decir, con trato de gentes, formal y circunspecto, respetuoso y sin alardes chocarreros, se hizo oír, se fió en la historia suya que refería á todos, y diciéndose discípulo de la ESCUELA DE TAURAMAQUIA instituida en Sevilla en 1830, llegaron á conocerle antiguos camaradas y amigos.

Su aparición en los *circos* fué un acontecimiento, porque fenecida con Redondo la escuela del toreo verdad, sólo un diestro como Dominguez podía ofrecer interés á los buenos inteligentes.

El capeo al natural, la gallardía del torero que, aunque maduro, se mostraba elegante, parado, á la vez que bravo é inteligente; la magistral manera de entrar á los volapiés; su cuarteo ceñidísimo con el capote terciado sobre el brazo izquierdo; el mando de su gente, y sobre todo su arrogancia y exacta medida en la suerte de recibir, produjo una verdadera animación en los aficionados, y los contratistas le buscaban ávidos de ganar mayores sumas por rendimientos de corridas.

A haber vuelto á España Dominguez en los años de mayor auge para Montes y Redondo, es indudable que dado el carácter del primero hubieran presenciado los públicos una rivalidad exagerada, porque aunque el estilo del toreo chiclanero era la seriedad en la variedad de sistemas, en el fondo la escuela rondeña hacia patente la enseñanza y método del gran Romero.

Dominguez lo hacia todo, y los de su época no podían igualarle en la especialidad de su franco toreo á pie firme, dando pases ceñidísimos de pecho y cambiándose, y al erguirse con la muleta en la izquierda y el estoque en la derecha, tan cerca del testuz, había que pedir á Murillo, el pintor de lo ideal, para que le retratase en aquella hermosa apostura.

Qué manera de pasar, qué pausa en el *desafo*, qué modo más artístico y acompasado para decir á los entendidos: véan ustedes mi colocación en el verdadero terreno, y cómo, sin decirlo, comprenden ustedes la suerte que voy á ejecutar.

Nadie, sin perder terreno, pudo hacer á lo sumo tres lances á la navarra; Dominguez en Sevilla, y con un toro revoltoso y de bravura excepcional, dió CUATRO (dos á mano derecha y dos á izquierda) previniendo antes á diestros é inteligentes que ocupaban asientos de cajones.

Por salvar la vida al famoso picador *Coriano* acude al quite, pierde el capote, y viendo que el toro había herido al jinete, se arroja sobre la cabeza de la res y aguanta las cabezadas agarrándose fuertemente á las astas y cuello.

Otra tarde, y á un sobresaliente toro de Barrera, le pasa de pecho ocho veces seguidas sin perder su linea; otra en Valencia da un quiebro ceñidísimo á un toro, vuelca éste y mientras los mozos acuden á levantar á un picador, Dominguez planta un pie sobre el pitón derecho del toro y le impide momentáneamente levantarse.

Tantean con la mano derecha todos los espadas á los toros *aconchados* á los tableros, y Dominguez erige un sistema suyo, llegar con la muleta á la cara, enganchar el estoque por el lado interno y así dar el pase preparado de pecho, para que, fuera la res, vaya á los tercios, donde emprendía el juego de trasteo á fin de hacer la muerte en el terreno natural.

Basta que un banderillero notabilísimo, *el Lillo*, le diga ante un toro que *cuadrado* espera la estocada—¡ahora, *señó Manué!*—para que llegue y ofrezca estoque y muleta al *mentor*, diciéndole:—«mátalo tú», con cuya demostración ante un público puso en ridiculo al célebre diestro gaditano.

Era un carácter altanero que no consentía nada en desprestigio suyo, y de aquí el respeto con que diestros y aficionados le dirigían la palabra, sabiendo que de la contradicción ó perdían la amistad ó recibían réplicas duras.

En la plaza como en la calle era siempre el *señó Manué*.

La cogida más tremenda—entre las diferentes que tuvo por efecto de su escasa agilidad con los toros cobardes y de sentido—fué la de 1.º de Junio de 1857 en la plaza del Puerto de Santa María. Aquel maldito *Barrabás*, de Concha y Sierra, lo degolló casi á la vez que al arrojarlo de golpe sobre la arena le hizo desprender el ojo derecho de su órbita, quedando pendiente del purvo de la retina.

Aquella catástrofe le hubiera costado la vida á otro hombre que no tuviera la carne de hierro y temperamento nervioso de Dominguez.

Sanó porque él mismo pudo curarse atacando la hemorragia nasal y bucal, aplicándose por propia mano dos torcidas de papel de estraza á cada ventana de la nariz y un tapón de lo mismo en la herida tremenda en la bóveda palatina. Cuando por la mañana llegó á verle el Doctor Acosta, en vez de un cadáver que esperaba halló á Domínguez durmiendo, y al despertarle y reconocerle no pudo menos de decir, asombrado al ver el remedio empírico que había adoptado el diestro: «Se ha salvado usted mismo, Manuel.»

Apuestas se hicieron sobre si podría torear si curaba; desconfiaban muchos y convenian al fin que era imposible que matase un toro.

Pues aquel hombre admitió contrata para Málaga, poniendo por condición la de que fuesen toros de la misma ganadería de Concha y Sierra.

¿Cabe más altanería y desprecio de la vida? Los que le vimos esta prueba de su valor indómito á los *noventa días* no podemos ser tachados de visionarios. Domínguez mató dos toros magistralmente á volapiés, y un crítico de la época que singularizó sus conocimientos en detallada revista, dijo y está escrito que llegó al primer toro que mató colocándose cerca y parado en *posición académica*, desde cuyo momento comenzó la ovación.

No se comprende cómo usando de la vista izquierda, aún no cicatrizada la órbita derecha que le cubría un pequeño tafetán verde, sujeto por una cinta alrededor de la frente, pudo aquel hombre acertar tres estocadas en la misma cruz con que dió fin de los dos toros. Los sevillanos que bajaron á ver tal prueba á Málaga no pudieron menos de decir que aquello no era hombre, sino un demonio de temeridad.

Pues bien, Domínguez, dada esa prueba, siguió la senda de sus triunfos emulando con todos los espadas que se conocían. Ya no se contentó con recibir toros desafiándolos cerca con la muleta, sino que trazando un círculo con la punta del estoque sobre la arena del redondel sevillano y en otros retó á recibir y sin perder el punto central dió muerte á varios toros, haciendo de estos alardes de arte y valor sus mayores páginas históricas.

Una tarde un toro huido esquivó la muleta saliéndose del cite y va de tablero en tablero, de extremo á otro y por tres veces chasquea á Domínguez que decidía el pasarle. ¿Qué hizo? Pues se le fué acercando poco á poco, y obligándole con la muleta, le esperó impávido, dando una estocada recibiendo que puso patas arriba al cobarde astado.

Manuel hizo lo que no tenía precedente: recibió á un toro aquerenciado en las tablas; es decir, que invirtió el orden. «Hice eso—decía—porque yo no estaba para dar muchos paseos por el redondel tras el toro».

Los años pesaban sobre él y siempre el mismo en carácter.—«El toreo de cintura y de brazos—decía—permite que se toree como lo hacían Juan León y el Morenillo, que tenían setenta años. Ahora, los que no saben más que el toreo de *María Juye*, esos hasta la carne de vaca se le indigesta.»

Preguntarle su opinión sobre otros, era motivo para reír un rato.

—¿Qué tal torero Curro Cúchares?

—Mataba toda una ganadería en diez minutos; pero eso no era el arte.

—Luego usted opina.?

—Que si en el toreo no hay riesgo y el hombre no demuestra inteligencia y valor cara á cara y con arreglo á arte, el toreo es una pamplina. Yo, por dar gusto á los públicos, me he expuesto muchas veces, porque al que paga por ver torear no debe uno engañarlo.

Tenía más de sesenta años mi amigo cuando trabajó dos corridas de las cuatro de estreno de la plaza de Málaga.

El Gobernador Candalija, haciéndose eco de un vago rumor tan sin fundamento como estúpido, llamó á Domínguez á su despacho y le dijo:—Véngase para la plaza, que abajo tengo el coche. Domínguez visitó con el Gobernador todas las dependencias del circo, y así que todo lo hubo visto, el Sr. Candalija afrontó de golpe la situación.—Pues mire usted, Domínguez, le dijo, no le he traído más que para decirle, después de haber visto el redondel, que aquí no se ponen burladeros que afearían el círculo.

—Y yo qué tengo que ver.—contestó Domínguez.

—Pues que usted ha dicho que si no se ponen no trabaja, y yo le digo que no se ponen; ¿está usted?

—Miente quien me haya *acumulado* eso, dijo Domínguez, y, para probárselo, de mi parte que suban la barrera hasta el cielo, que por mí no la necesito.

Aquel hombre tuerto, con la pierna izquierda ulcerada por el tobillo, falto de toda agilidad, obeso y torpe por la inacción, mató dos toros en la tarde del 15 de Junio de 1876, que se recordarán siempre: uno á volapiés y otro recibiendo, á estocada *por barba*. El amor propio, que no le cabía en el cuerpo, hizo esos dos milagros.

¡Pobre amigo mío! Decídme si hay otro Domínguez.

P. P. T.

Málaga, Abril de 1897.

LO INESPERADO

Al torero Paquillo Alegría
le enganchó por la faja un berrendo;
y sus tristes quejidos oyendo,
le llevaron á la enfermería.

Por los médicos fué examinado,
encontrándole bien, felizmente;

y pudiendo apreciar solamente,
que el calzón se le había ensuciado.

Dispusieron de incienso una copa;
y estimaron cuestión de decoro,
que Paquillo no vuelva ante el toro. . .
mientras no se le lave la ropa.

Luis CARMENA Y MILLÁN.



El eminente *Dr. Thebussem*, honra de las letras españolas, nos ha favorecido con el precioso artículo que insertamos en el presente número, y en que admirarán seguramente nuestros lectores una envidiable naturalidad y un elegante y castizo buen decir.

No será la última vez, si Dios quiere, que engalane nuestras columnas.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia el artículo del acreditado escritor malagueño D. Aurelio Ramírez Bernal, que trató íntimamente al célebre matador de toros Manuel Domínguez, de quien es el retrato que ilustra este número, y que representa al diestro antes de la cogida que sufrió en la plaza de toros del Puerto de Santa María, el día 1.º de Junio de 1857, privándole del ojo derecho.

A las empresas taurinas.—SOL Y SOMBRA, deseando tener perfectamente enterada á la afición taurina de las combinaciones que las empresas tengan hechas para sus plazas respectivas, y á la vez, ofreciendo á dichas empresas la publicidad extensa al par que gratuita, estimará que, con la anticipación debida, comuniquen á la Dirección del periódico todo lo referente á combinaciones de diestros y toros, para anunciarlas sin retrasos y con la merecida extensión.

Pueden, pues, las empresas dispensarnos un favor que directamente irá á beneficiar al público, que es quien merece las atenciones de todos.

Han sido contratados para la corrida de novillos que se celebrará en Jerez el día 6 de Junio, los valientes espadas Manuel Lara (*Jerezano*) y Antonio Guerrero (*Guerrerrito*).

Mazzantini, *Guerrita*, Reverte y *Bomba*, son los espadas que tomarán parte en tres de las cuatro corridas que han de celebrarse en Valladolid.

En los días 9 y 30 de Mayo se celebrarán en la plaza de toros de Sevilla dos corridas extraordinarias, tomando parte en ellas los espadas *Lagartijillo* y *Minuto*.

En la corrida que ha de verificarse el día 25 en Barcelona, matarán toros de Saltillo los espadas *Guerrita* y *Minuto*.

Mazzantini y *Bombita* están contratados para lidiar en la plaza de Albacete, los días 9 y 10 de Septiembre, reses de D. Vicente Martínez y D. Anastasio Martín.

Barcelona.—Se inauguró la temporada el 4 del corriente con una corrida de Muruve, que estoqueó *Bombita* sólo, por estar Reverte enfermo. El ganado cumplió, resultando el tercer toro superior, y fogueado y retirado al corral el quinto, injustamente. El toro sustituto perteneció á la vacada de Fuentelsol, que fué estoqueado por *Blanquito*, que figuraba de sobresaliente. *Bombita* estuvo valiente, no resultándole las faenas por el mucho viento que reinó toda la tarde. Murieron 7 caballos.

—El día 11 se lidiaron seis toros del mismo ganadero, que fueron estoqueados por Carrillo, *Guerrerrito* y *Murulla*, cumpliendo las reses del Sr. Muruve, sobresaliendo la lidiada en primer lugar. Carrillo estuvo bien con la muleta y en quites, y con escasa fortuna hiriendo; *Guerrerrito* toreó bien de muleta, y se hizo aplaudir en quites, así como en la muerte de sus dos toros; y *Murulla* dejó muchísimo que desear, tanto toreando como hiriendo. Se arrastraron 11 caballos.

—El 2 de Mayo habrá novillada, cuyo cartel aún no está acordado.

—*Guerrita* y *Bomba* estoquearán seis toros de Cámara el 9 de dicho mes, y Guerra y Reverte seis Aleas el 23.

—El jueves 27 se celebrará una buena novillada, para la que ya está comprometido el espada Antonio Guerrero (*Guerrerrito*). El mismo diestro tomará parte en la función que tendrá lugar el domingo 30.

—El día 13 de Junio se verificará una buena corrida de toros, no sabiéndose aún de quién será el ganado ni los diestros que en ella tomen parte, si bien es seguro *Guerrita*.

—Para el 18 de Julio nos espera una corrida con carácter de solemnidad, pues en ella se lidiarán nueve toros, de los cuales tres serán de Miura, y trabajarán Guerra, Reverte y *Minuto* (ó *Bombita*).—*Franqueza*.

Hemos recibido la visita de nuestros colegas *Toureiro Classico*, de Lisboa; *La Revista Taurina*, de Bilbao; *El Arte de la Lidia*, de México; *Heraldo Taurino*, de Zaragoza; *El Toreo Cordobés*, de Córdoba, y *La Revista*, de Alicante. Agradecemos la atención y establecemos el cambio.

SOL Y SOMBRA

SEM ANARIO TAURINO ILUSTRADO

Dirección y Administración: Santa Isabel, 40, Madrid.

REDACTORES

D. José Sánchez de Neira. — D. Luis Carmena y Millán.
D. Mariano de Cavia (Sobaquillo). — D. Eduardo de Palacio (Sentimientos).
D. Angel R. Chaves. — D. José de la Loma (Don Modesto).
D. Angel Caamaño (el Barquero). — D. Aurelio Ramírez Bernal (P. P. T.)

DIBUJANTE

Don Daniel Perea.

FOTÓGRAFO

Sociedad Artístico Fotográfica, Alcalá, 4.

SOL Y SOMBRA se publica todos los jueves.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 2'50 pesetas.

Ultramar y extranjero: Semestre, 9 pesetas.

PRECIO DE VENTA

Número corriente, 20 céntimos.—Idem atrasado, 30.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Administración de este semanario y en la Librería Internacional de los Sres. Romo y Füssel, Alcalá, núm. 5.

NOTA. Las suscripciones empezarán siempre en el primer número de cada mes. — **Pago adelantado.**